

Ciclón

Cuento ganador en la modalidad de castellano del
XXXVIII Concurso de Cuentos Villa de Errenteria

David Mangana Gómez



Juan Bustos apretó el puño en señal de victoria.

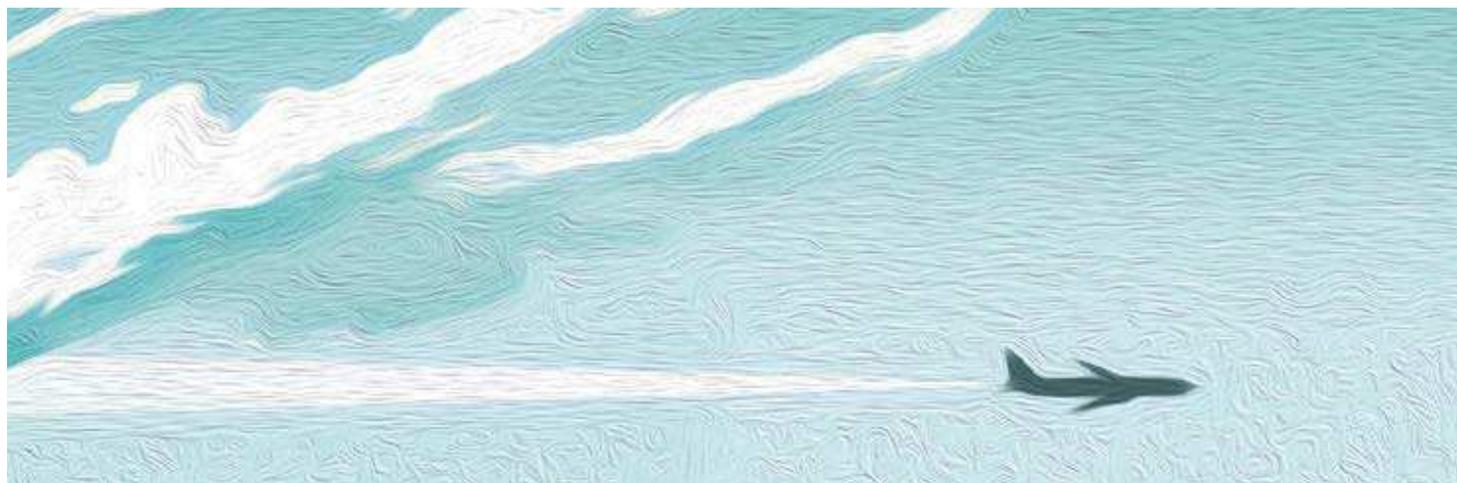
— Sí...- susurró, aunque estaba solo. Dejó la carta y se recostó en el sillón. A pesar de la excitación, sintió que podría cerrar los ojos y dormirse en un instante.

La adrenalina le levantó, camino de la ducha. Bajo el agua, comenzó a pensar los mensajes que publicaría en redes sociales, antes incluso de comprar los billetes de avión. ¿O convenía llamar para asegurarse? No, no hacía falta. Los australianos eran muy profesionales. Si la confirmación llegaba por correo, con membrete, sello y firma, valía más que una conversación telefónica. Así funcionaban, por mucho que Juan exigiera a todo el mundo la eliminación del papel en todas sus comunicaciones. Por eso lo había sabido nada más abrir el buzón. Si había sobre, es que era importante.

Repasó el nuevo trayecto. Congreso sobre migraciones en Chicago, a principios de noviembre. Jornadas multidisciplinares para un nuevo mundo en Montevideo, a finales del mismo mes. A mitad de diciembre, simposio sobre el futuro del agua, en Johannesburgo. Y ahora, colofón, en el último tramo de enero aquella charla dentro del congreso medioambiental de Sidney. ¿Le convenía llenar ese hueco entre Sudáfrica y Australia? Podía organizar algunas presentaciones de su libro... Cerró los ojos.

— Va-carb-cior-ners...—balbuceó bajo el agua, decidiendo que no.

Aún notaba los músculos débiles y se masajeó las piernas ayudado por el jabón. Aquella mañana, su tradicional paseo se había alargado. Le había costado encontrarles. Primero había visitado a Karpov, visión europeo ágil y voraz al que solo podía entrever al amanecer o en incursiones nocturnas. Nunca le dejaba acercarse demasiado, pero a Juan le bastaba con corroborar el serpenteo de su brillo de



luna en el humedal para quedar satisfecho. Ciclón era otra cosa. Tenía debilidad por aquel petirrojo, una rara avis que nunca habitaba aquellas latitudes y que, además, contravenía a su especie viviendo en soledad. No le importaba aquella excentricidad del ave, y mucho menos que hubiera escogido vivir en un bosque a apenas una hora de su casa. A Juan le costó seis meses lograr acercarse a él. Y no fue realmente así. Fue el petirrojo el que le permitió hacerlo. Mientras se secaba con la toalla ante el espejo, volvió a recordar el día en que Ciclón, silencioso, se posó en su hombro. Cuando Juan le escuchó, el petirrojo ya estaba allí. Se arrepintió una vez más de haber intentado hacerse un selfie con él. En cuanto colocó la pantalla del móvil, despegó con su habitual velocidad. Como Ciclón que era.

Cuando estaba publicando los últimos mensajes para redes sociales, Juan escuchó pasos en el porche. Luego nudillos en la puerta. No le apetecía levantarse, ni hablar con nadie. Pero arrastró sus pies por el pasillo.

— Buenos días, Juan.

Aunque se había colocado la máscara, a Juan la sonrisa le salió forzada.

— Buenos días, vecina.

— ¿No tendrás un momento hoy... para enseñármelo? Soy una pesada, lo sé.

Juan dio un manotazo al aire, fingiendo restarle importancia. Cuando se volvió a por la llave y la linterna, resopló. Había que quitarse aquello de encima cuanto antes. ¿Y por qué? ¿Acaso algo le obligaba? Pórtate bien, se dijo. Hay que cuidar lo global y lo local.

Zigzagueando entre ciruelos y manzanos, guió a Blanca por el jardín. Al mudarse al pueblo, Juan había buscado tranquilidad. No quería vivir en medio de la nada, convertirse en un anacoreta, pero tampoco quería vivir al compás de las campanas de la iglesia o del trasiego de la taberna. Para eso, mejor seguir de urbanita en un apartamento. Escogió un lugar apartado del pueblo, la antigua casa del molinero, aunque apenas se intuía ya la huella del río, y no quedaba allí ni piedra de moler ni rastro de cangilones, pasto del expolio vintage y de la rueda del tiempo. De cualquier modo, a pesar de perseguir el sosiego en la periferia de la periferia, siempre había alguien que se consideraba vecino de uno. Básicamente, el que estaba más cerca. Y esa era Blanca, que ahora trataba de charlar con él del tiempo, de una cosecha cercana o de algún rompehielos similar mientras dejaban atrás el ecuador del jardín.

— ¿Es aquí? — preguntó Blanca cuando vio que Juan se detenía-. Creía que era más lejos.

— Aquí está la entrada— dijo Juan, apartando en cuclillas un montón de hojas abandonadas. Después introdujo la llave y abrió un gran portón metálico.

— Da impresión — dijo Blanca al ver la boca oscura, y respiró profundamente con la suya.

Juan puso el pie en la primera escalera y comenzó a descender. Al poco, la sombra de Blanca ocultó la luz, siguiéndole. Conectó la linterna con un pequeño placer infantil. ¿Dejaría alguna vez de ser especial encenderla? Cinco escalones más abajo, la puerta.

-¿Bien por ahí atrás?- la respiración de Blanca se había acelerado. Juan pasó la segunda llave, la magnética, aunque también había la posibilidad, doble protocolo de seguridad, de usar una tradicional. Nada más entrar, ese olor que le recordaba a las secuoyas de Yellowstone. Cuando se volvió, Blanca era todo ojos.

— ¡Si aquí se puede vivir!— dijo ella.

— En eso consistiría. No es un palacio, claro. Pero ya que me... nos poníamos...

Juan se impuso el chip de la visita guiada. Aunque era su juguete nuevo, había descubierto que no le gustaba enseñarlo, compartirlo. Lo haría lo más rápido posible. Si Blanca hubiera sido la chica de la farmacia no le hubiera importado tanto. De todas formas, fuera quien fuera, le molestaba aquella tácita obligación de enseñar aquel apéndice de su hogar por el mero hecho de tratarse de una rareza, de algo insólito.

Recorrieron las tres habitaciones: dormitorio, baño y una cocina combinada con salón. Le explicó a Blanca los sistemas de canalización y ventilación, repasó con ella las reservas de comida para seis meses de la despensa -fue lo que más le impresionó-, probó la central de comunicaciones, con su radio de alta frecuencia... Acababan de terminar su búnker hacía mes y medio. Juan ya había dormido una noche allí. A pierna suelta.

— No te molesto más... — Blanca había notado sus reiteradas y nada discretas miradas al reloj-, que tú siempre tienes mucho trabajo. Eso es bueno... ¿O no? Porque, si tú tienes mucho trabajo, es que el mundo tiene aún muchas cosas que arreglar.

- Sí, es inversamente proporcional. Como los médicos o los policías. Si no hubiera tantos, sería buena señal. Pero hay que buscar el lado bueno, tener una actitud positiva.
- ¡Qué mundo más loco! — Juan asintió con la cabeza sin convicción, entornando ya la puerta—. ¿No apagas esa luz?— preguntó Blanca al pie de las escaleras.
- ¿No te has fijado al llegar? El búnker te recibe iluminado, por medio de un detector de movimiento— tras señalar el aparato, Juan decidió anticiparse a la pregunta que ya comienzan a reflejar en los ojos de Blanca—. El espacio está pensado para un máximo de seis personas, yo y otros cinco amigos que pusieron dinero conmigo para hacerlo.

Juan no había titubeado al mentir. Blanca se volvió y comenzó a subir las escaleras. La farmacéutica tenía muchos más boletos que ella, ratificó mientras la observaba. Cuando al fin desapareció más allá del cielo, Juan cerró la puerta, encendió de nuevo la linterna y, apuntando hacia la luz, foco redundante, se dirigió hacia la superficie.

Una semana después, repasaba los últimos detalles en el porche. Estaba nervioso, como siempre que vislumbraba ante sí un largo viaje. Tenía ganas de estar ya en marcha, instalado entre nuevos pensamientos y sensaciones.

Tras certificar todo por quinta vez, cerró la puerta, cargó el equipaje en el coche y se encaminó hacia la autovía. Condujo hasta el aeropuerto, aparcó el coche, que un amigo recogería al día siguiente, facturó y, al mediodía, ya estaba volando.

En el avión, lo primero que hizo fue calcular la huella ecológica de su viaje. Concatenar destinos la había reducido considerablemente, en comparación con lo que hubiera sido sumar idas y vueltas de fuel. Dudó si publicar en redes aquella reflexión. Podía resultar un poco pedante. Lo dejaría, quizás, para la vuelta. Sus últimos post habían sido un éxito y no quería bajar el nivel. Miles de felicitaciones para su tour de citas en pro del medio ambiente llegaban de todo el mundo. Un bosque de pulgares hacia arriba, un festín de caras sonrientes. El catedrático Juan Bustos no dejaba de sumar seguidores en su lucha climática, en su defensa de la fauna y la flora. Por eso había que cuidarlo. Como una hoguera. Mantener la llama ardiendo, vigilando a la par que no queme.

Juan llevaba veinte años dedicado a la naturaleza, pero había sido en los últimos cinco cuando su trabajo había alcanzado eco, una nueva órbita, cuando habían comenzado a llamarle, a leerle, a valorarle. Era conocido en su mundo, y comenzaba a serlo también en el mundo. No, decidió, nada de compartir su huella climática. Seguro que salía alguien cuestionándola, diciendo que podía ser menor o que era errónea. Los números juzgaban con más contundencia que las palabras.

Tomó el móvil y se retrató con la ventanilla de fondo. Las palabras eran dúctiles. “Viajar para seguir luchando”, escribió al pie de la fotografía, y, al volver a mirarla, al fijarse en su hombro en escorzo junto al pequeño círculo de cielo, vino a su mente Ciclón. No lo había visto en los últimos días. Tampoco Karpov había sido fácil de encontrar, pero sí había compartido con él algún pequeño instante a pesar de sus enroques, del eterno jaque al que le sometía por el humedal. El petirrojo, sin embargo, era su preferido. Su plumaje pardo, sus dos estilizadas franjas azules. Necesitaba llamar a su amigo

fotógrafo para tener unas fotos de él, para enseñarlas como un padre hace con las de su hijo. Qué vamos a hacer, pensó. El invierno estaba encima. Era una estación difícil para cualquier animal, y más para un ave solitaria. ¿O no? ¿O Ciclón contaba con una vida más sencilla por no tener que proteger a una prole? De repente, Juan se vio, se reconoció también como animal solitario. Una animal en plena migración hacia el sur. No lo había buscado... ¿O subconscientemente huía del frío? Fue deslizando fotografías por la pantalla del móvil. Necesitaba una imagen para la portada de su próximo libro. Le gustaba la metáfora clásica del oso polar en una ínfima isla de hielo. Era potente, sobrecogía, alertaba. Y esa era su labor, se dijo, su destino. Despertar al mundo... Un instante después se quedó dormido, en medio del abrazo del jet lag, en plena huida de la noche.

Dejó el correo sobre el escritorio. Aunque había colocado un gran letrero en el porche, había una decena de folletos publicitarios de empresas a las que, en cuanto tuviera un momento, enviaría una por una su queja formal. También había varias cartas, pero no tenía fuerzas para abrirlas. Dejó la compra en la cocina, fue directamente a la ducha y, tras cenar algo rápido, se derrumbó en la cama.

Al día siguiente se levantó pronto. Desayunó, confirmó dos nuevas propuestas de viaje en el correo acumulado y salió a pasear. Estaba pletórico, repleto de una sensación triunfal. El viaje había sido un éxito. En Chicago, por haber sumado dos nuevos contactos de renombre en Estados Unidos. En Montevideo, por la posibilidad abierta de participar en un ambicioso documental. De Johannesburgo aún resonaba en su cabeza la ovación tras su charla. Y Sidney... profesionalmente no había supuesto nada del otro mundo, pero sí había traído consigo una noche inolvidable con una colega italiana.

El cielo anticipaba primavera precoz. Luminoso. Sin viento. Encontró el humedal a pleno pulmón. Al que no encontró fue a Karpov, pero había salido tarde para los horarios habituales del visón. Ciclón tampoco aparecía por sus rincones acostumbrados. Tiró de prismáticos un buen rato. Nada. ¿Habría emigrado su fiel amigo? No había sido su costumbre los años anteriores. Tampoco era tan mayor como para esperar lo peor. ¿Cadena trófica? ¿Una rapaz quizás? Recordó su pardo plumaje, sus franjas azules, y aquel azul le llevó hasta el vestido de la bióloga italiana, deslizándose hasta el suelo.

Sintió una acometida de deseo, y acudió a su cabeza la joven farmacéutica, siempre interesada en las novedades sobre vacunación animal, que él investigaba con ligero hastío solo para contentarla. No se parecía a la italiana. Pero eso resultaba aún mejor.

De vuelta a casa, no recordó dibujar un rodeo para evitar la voz que ahora le hablaba.

— ¿¡Ha vuelto?!— gritó Blanca desde su jardín, y a Juan le molestó que comentara lo obvio- ¿Tiene comida? Tengo algo de verdura recién cogida...

— Gracias, Blanca. Hice la compra ayer— apretó el paso—. Lo siento, tengo trabajo...

Necesitaba tranquilidad. ¿No podía entenderlo? Acababa de recorrer el mundo. ¿Que le dejara en paz! Al abrir la puerta de casa, Juan descubrió que se había dejado la luz del baño encendida. Se recriminó en silencio. Consumo energético baldío. Pecado gremial. Y pensó en otra luz, una que recibía siempre al visitante. ¿Cómo podía haberlo olvidado? No había dejado encargo de que nadie pasara de vez en cuando por el búnker. Al amigo que le había recogido el coche no le hubiera costado prolongar el favor.

Salió al jardín. No pasaba nada. Le habían recomendado estar atento los primeros meses, pero estaba convencido de que era mera precaución para dueño primerizo. Abrió el portón y bajó las escaleras, precedido de la linterna. Pasó la llave magnética y, nada más abrir, la luz bañó la entrada. Recorrió dormitorio y baño, orgulloso de su nuevo feudo. ¿Por qué debía compartir aquel espacio con nadie? De repente, su nariz encontró un picor amargo. Aquello no era reminiscencia a secuoya. No tardó en descubrir su origen. Ciclón yacía en el suelo de la cocina. Sus picotazos ametrallaban la despensa. Juan se agachó. ¿Cómo? ¿Cuándo? El día de la visita de Blanca... El petirrojo no se había ido, le había seguido, buscando quizás refugio ante el invierno inminente. Cerró los ojos. Maldita mujer, había provocado que le atrajera hasta su tumba. Una simple lámina de madera, pensó, mirando de nuevo la puerta de la despensa, volviendo al pardo pecho detenido. Si hubiera estado abierta... Dentro había bolsas de maíz, pan tostado... Incluso botellas de agua, porque la tapa del wáter estaba cerrada. Ni siquiera había insectos en aquel acogedor nicho sellado, ajeno al mundo a pesar de ser su resultado. Juan sintió un espasmo subiendo hasta su cabeza. Imaginó a Ciclón volando de aquí para allá, buscando una salida. El detector de movimiento descubriéndole una y otra vez, iluminándole... hasta que dejó de hacerlo. El golpe de tristeza se perdió, como una nube pasajera, y Juan empezó a pensar. ¿Cómo podía compartir aquel efímero sentimiento que había experimentado con el mundo? ¿Cómo reciclarlo, hacerlo útil?

¿Qué podía tener de positivo? Es tu destino, se repitió, ansioso ya ante la idea que surgía. Sacó el móvil y enfocó despacio, consiguiendo al fin una buena foto de Ciclón.

